

Es digno de admiración, cómo la enérgica voluntad de Pedro dió al traste con todos los planes ideados por el Czarewicz para la fuga; no dió importancia al protectorado que el jefe de la cristiandad le había ofrecido, y arrastró al infortunado Alejo á su suerte fatal. El mismo Alejo, que en Viena, lo mismo que en Ehrenberg, suplicó anegado en lágrimas y de rodillas al gobierno imperial que le librara de la cólera de su padre, y le ayudara á conservar sus derechos y los de sus hijos; el mismo Alejo, que escribió desde San Telmo á los senadores de Petersburgo y á varios príncipes de la Iglesia diciéndoles que estaba en lugar seguro, y que contaba, cuando volviese á Rusia, con su benevolencia (1); el mismo Alejo, que había recibido lleno de júbilo las noticias comunicadas por los periódicos y despachos diplomáticos, relativas á la agitación general reinante en Rusia, á toda clase de conspiraciones entre las tropas acantonadas en Mecklemburgo, y á la enfermedad de su hermano Pedro Petrowitz, tembló al hacerle presente Tolstoi, que Pedro sabría apoderarse de su persona, y manifestó estar dispuesto á volver á Rusia, en cuanto Tolstoi le hizo notar que era muy verosímil que Pedro hiciese un viaje á Italia de un momento á otro con tal motivo. El mismo Alejo, que había dicho repetidas veces ante los hombres de Estado y funcionarios del emperador, que nunca y por ningún concepto se podía confiar en las promesas de Pedro, estaba á la sazón dispuesto á implorar la gracia del Czar. No sin razón decían los hombres de Estado del emperador, que el Czarewicz no sabía lo que quería, que no se podía contar con él, que no tenía suficiente inteligencia para hacer concebir esperanzas de que sirviera para algo, etc.

Una determinación de este género, tomada por Alejo, debía ser bien acogida en la corte imperial por razones políticas. Dirigiéronse notas á la corte de Inglaterra, preguntando si esta potencia se hallaba dispuesta á hacer algo en defensa de Alejo. En los consejos de los hombres de Estado austríacos, entre quienes el príncipe Eugenio de Saboya representaba importantísimo papel, se examinó la posibilidad de que Pedro á la cabeza de una parte de su ejército, saliendo de Polonia, invadiera el territorio austriaco y se dirigiera á la Silesia ó á Bohemia.

El 10 de julio de 1717 escribió Pedro á Alejo desde Spa, por conducto de Tolstoi y Rumianzoff, á los cuales dió órdenes para obligar á Alejo á que regresara, valiéndose al efecto de promesas y amenazas. El lenguaje de esta carta era rudo y desdeñoso, como el de las que el Czar había dirigido en época anterior á su hijo; pero le prometía no castigarle si obedecía y regresaba; en el caso contrario, le amenazaba con la cólera paterna y con un terrible castigo.

Un solo pensamiento ocupaba á la sazón el ánimo de Alejo, el de que se le permitiese casarse con Afrosinia y vivir como un simple particular. Tolstoi, procediendo con gran prudencia, expuso al Czar que debía acceder al casamiento, pues de este modo creería el mundo que la huida había sido motivada por aquella joven, y todos verían cuál era el carácter del niño Alejo.

Es posible que Afrosinia tuviese alguna parte en la determinación de Alejo; pues ella misma declaró después que le había disuadido de su proyecto de ir á Roma y ponerse bajo la protección del Papa.

Estos son los primeros pasos que Alejo dió para su vuelta. Su amor por Afrosinia, la cual se vió obligada á retardar su marcha y por lo mismo á separarse de su amante, se manifestó en una serie de cartas que abundaban en tiernísimas expresiones. En ellas vemos á cada paso la esperanza

(1) Las cartas quedaron sin curso, y están aun en el archivo de Viena. Ustrialoff, VI, 91-92.

de que los dos vivirían únicamente para amarse uno á otro en la soledad del campo «sin cuidarse de ninguna otra cosa.» Es algo sorprendente ver al tosco é indolente Alejo abismado en las ilusiones de una apacible vida idílica. Las cartas escritas en Nápoles con destino á los senadores y prelados fueron el último resto del sentido político del Czarewicz: en ellas se presentaba aun como pretendiente, ostentando sus derechos al trono y contando con la futura regencia, puesto que no había de lograr, como tampoco aquella felicidad de familia en las distintas esferas de las relaciones domésticas, que ansiaba con todo su corazón. Acercábase la hora del terrible castigo, que no comprendemos cómo Alejo no previó. Entonces, como en ocasiones anteriores, apareció como un autómeta, dejándose guiar por los impulsos de otros. Toda su vida estuvo en una actitud pasiva, entregado siempre al influjo de los que le rodeaban. También el modo cómo se acercaba su perdición, demuestra la completa falta de iniciativa por su parte. Nada trágico hubo en el Czarewicz y su ruina no fué la de un héroe.

Los amigos de Alejo parecían estar más inquietos que él mismo por lo que había de suceder. Podía esperarse como cosa segura un interrogatorio doloroso. Las personas que le rodeaban, varios de sus parientes y criados, que le querían bien y se alegraban ante la idea de que estaba seguro en el extranjero por lo tocante á su vida, se quedaron consternados al tener noticia de su regreso. Desatáronse en impropiedades contra Tolstoi, porque «cual otro Judas» había arrancado al Czarewicz del lugar seguro donde estaba retirado, valiéndose para ello del engaño y de la astucia. Se refería como cosa indudable que Tolstoi se había valido de sortilegios para fascinar á Alejo. El príncipe Basilio Dolgoruky dijo á un amigo suyo, que Alejo era un imbécil, que se dejaba enganar por el capricho de cualquiera; y que en lugar del matrimonio con Afrosinia, que daba como seguro, vendrían sobre él las plagas más terribles. Kikin, presa de la mayor agitación, decía que era una insensatez lo que hacía Alejo; que su padre le haría desgraciado; y hablando con el ayuda de cámara de Alejo, dijo que muchos sufrirían las consecuencias.

En el Occidente parece que se ignoraba el peligro que amenazaba á Alejo. Los diarios, que publicaron relaciones detalladas sobre el regreso del Czarewicz, por ejemplo, sobre los honores que se le hicieron en Roma, anunciaron repetidas veces que Alejo se iba á casar con su prima Ana Joannowna, duquesa viuda de Curlandia. Pleyer, refiriéndose á la actitud de la sociedad rusa en lo tocante á Alejo, escribió, que mientras reinaba en la corte indescriptible alegría por la vuelta del Czarewicz, este desgraciado era compadecido por todos, pues estaban en la inteligencia de que la suerte que le aguardaba era el encierro en un convento. El residente austriaco proseguía: «El clero, los propietarios, el pueblo, todo el mundo era adicto al Czarewicz, y todos se alegraron de que hubiese encontrado asilo en el territorio del emperador.»—En enero de 1717 anunció Pleyer al emperador el interés con que infinitas personas habían preguntado por la residencia del Czarewicz, y añadía que por todas partes corrían rumores sobre una rebelión militar en Mecklemburgo, cuyo objeto sería el de asesinar á Pedro, encerrar á Catalina en un monasterio, sacar á Jewdokia del en que estaba reclusa, y colocar á Alejo en el trono (2). A la sazón anunciaba Ple-

(2) Véase la notable carta tomada del archivo de Viena y copiada en alemán, en Ustrialoff, VI, 371. Pedro tuvo noticia de ella por Alejo. Era un caso de derecho de gentes. Pleyer tuvo que abandonar á Rusia. Véase la disertación de A. Hasselblatt en la Revista rusa, tomo VIII.

yer: «Tan luego como las gentes del pueblo veían al Czarewicz, durante su viaje, se prosternaban en tierra delante de él, y pedían que la bendición de Dios bajara sobre su cabeza.»

Hemos visto en las páginas anteriores, que Pedro, después de su memorable viaje de 1697-1698, hubo de apresurar la vuelta á Rusia con objeto de juzgar á los rebeldes Strelitzs. Entonces se dió una extraña antítesis entre el viaje instructivo y los estudios científicos y técnicos que hizo en la Europa occidental por una parte, y por otra la inaudita crueldad que desplegó en las sangrientas ejecuciones de Moscú.

A la sazón (1718) repitióse este fenómeno: tras larga permanencia en el Occidente de Europa, donde recibió gran impulso su inteligencia en París, Amsterdam y Alemania, volvió el Czar para dedicarse al penoso trabajo de juez y verdugo. Repeticiónse los tormentos y ejecuciones al estilo asiático y la lucha con la oposición de los que se dirigían contra el innovador sistema de Pedro. Era preciso consolidar por medio de una victoria decisiva sobre estos elementos las conquistas del último decenio. Rusia había entrado á formar parte de los Estados europeos y se había hecho una gran potencia. Por lo que se refiere á la reforma interior, se habían llevado á cabo mejoras sin cuento. Luchó de un modo afortunado con muchos adversarios. Aquellos poderes tenebrosos que él designó en otro tiempo con el nombre de «semilla de Miloslawsky» fueron empujados al abismo y condenados al silencio; ya no había más Strelitzs; Sofía había muerto en el convento; las rebeliones del Don y de Astrakan habían sido vencidas; los cosacos y los sectarios reprimidos. Solo faltaba desembarazarse de Alejo, cuyo nombre, como heredero del trono y cuyo advenimiento, si vivía, amenazaban poner en peligro los resultados de los trabajos reformistas de Pedro.

Entonces (1718) se despertó en el Czar el mismo deseo de conocer á fondo la intensidad y alcance de la oposición, de prender y castigar á los autores de la reacción contra el nuevo sistema, que el que dió tan colosales proporciones al proceso de los Strelitzs en el año 1698. El mismo Alejo, personalmente considerado, no era tan peligroso como su partido. A la sazón importaba pedir cuentas á sus fautores y amigos, á sus consejeros y confidentes. Pedro no hacía la cuenta á la persona de un joven débil y sin carácter; conocía la presión de un partido hostil en el heredero del trono. No se trataba de una cuestión doméstica, de un drama de familia: discutíanse principios. El Czar pensaba proceder contra los aliados y correligionarios de Alejo con la misma inexorable severidad que la que había desplegado para deshacerse de los demás elementos de oposición.

Ante todo era necesaria la abdicación formal del Czarewicz.

El día 31 de enero de 1718 llegó á la capital, y el 3 de febrero se verificó la solemne reunión, en la cual se presentó el Czarewicz sin espada y renunció sus derechos al trono. Al día siguiente apareció un manifiesto en que se daba cuenta al pueblo de este suceso con todos sus detalles, y se enumeraba la serie de delitos del Czarewicz. Decíase en el manifiesto que Alejo se había hecho reo de la pena de muerte, pero que por gracia especial se le indultaba de todo castigo: al mismo tiempo se proclamaba por heredero del trono á Pedro Petrowitz.

Pero bien pronto supo Alejo, que al perdón iba unida la condición de no ocultar nada respecto de sus consejeros y correligionarios é igualmente respecto de su conducta. Inmediatamente nombró á un gran número de personas, entre las cuales se hallaban la czarewna María Alexeyewna, Kikin,

Wiasemsky, Basilio Dolgoruky, Jacobo Ignatieff é Ivan Afnasief, cuyos consejos declaró haber puesto en práctica.

Pedro dirigió todo el interrogatorio, formuló las preguntas, y dió las órdenes de prisión. Había en el Czar una vena inquisitorial; desplegaba una prodigiosa actividad, y parecía arder en el deseo de saber cualquier palabra casual, aunque se hubiera pronunciado una sola vez en los años anteriores, así como todos los pensamientos, todos los deseos de los acusados. Continuaron en aumento las prisiones y el proceso fué tomando cada vez mayores proporciones; los verdugos tuvieron mucho que hacer (1). Cada aplicación del tormento aumentaba el número de los acusados, los cuales, entre tanto, daban á conocer no solo actos de traición propiamente tales, sino también toda clase de manifestaciones del disgusto y animosidad contra Pedro y su sistema.

La anterior Czarina compareció también entre los acusados: hizo presente que en el círculo de los que rodeaban á esta «monja Elena» se había hablado con frecuencia del Czar censurándole duramente; que María Alexeyewna había mantenido relaciones con Jewdokia; que en una iglesia junto á Ssusal se había seguido haciendo mención de ella en las oraciones, como de la verdadera Czarina; que no había vestido los hábitos de monja más que algunas semanas, que por el contrario había observado unas costumbres enteramente mundanas, y que era cierto que durante mucho tiempo, en los años 1709 y 1710, había sostenido relaciones amorosas con el mayor Glieboff. Aquí también salió á relucir la profecía de que Pedro moriría pronto; el obispo de Rostoff manifestó esta opinión contra Glieboff y otras personas, é igualmente la duda sobre la legitimidad del matrimonio de Pedro con Catalina.

Se aplicaron asimismo en este proceso los más crueles tormentos á los que habían deseado la muerte del Czar ó el entronizamiento del Czarewicz ó expresádose en este sentido en las conversaciones privadas.

Fué característico en este proceso el siguiente episodio del príncipe de la Iglesia, Dossifeo. Este, antes de dar principio al interrogatorio acompañado del tormento, fué exonerado de la dignidad de obispo y dijo á los sacerdotes que llevaban á cabo esta operación: «Yo solo he caído en este asunto; pero vosotros debéis mirar dentro de vuestros corazones: ¿qué encontráis en ellos? Oid únicamente lo que se habla en el pueblo.»

No cabía duda alguna que el espíritu del clero y de la clase baja del pueblo era hostil al Czar. Miles y miles de individuos hicieron análogas manifestaciones á aquellas por las que á la sazón algunas docenas de desgraciados, ya medio muertos á fuerza de los más inhumanos tormentos, habían sido enrodados, empalados, azotados ó mutilados.

Jewdokia fué encerrada en el monasterio de Staraja Ladoga, cerca de Schlüsselburg, donde permaneció hasta el advenimiento al trono de su nieto Pedro II. La czarewna María Alexeyewna vivió como prisionera durante mucho tiempo en Schlüsselburg y en el año 1721 volvió á su palacio de Petersburgo donde murió en 1723 (2).

El 15/26 y el 17/28 de marzo se llevó á cabo la ejecución de una parte de los acusados. Glieboff fué empalado y vivió algunas horas en tal tormento. Dossifeo y Kikin fueron enro-

(1) Lo que caracteriza la actitud del Czar en este asunto, es su correspondencia epistolar con Menschikoff, v. gr. con ocasión de la prisión de Kikin: véase Pogodin-Jessipoff, ob. citada, pág. 308.

(2) Véase el proceso de Jewdokia en Ustrialoff, pág. 203 y sig. En los círculos diplomáticos de aquella época se decía que Pedro había azotado á Jewdokia por su propia mano, y esto fué creído por historiadores de tiempos posteriores (Hermann, IV, 324), pero nosotros no damos crédito á semejantes relatos.

dados, etc. También sufrió una especie de martirio un antiguo escritor llamado Dokukin, por haber suscrito la fórmula de juramento con una protesta contra Pedro Petrowitz y una declaración en favor de Alejo, que presentó por su propia mano al Czar; por todo esto fué atormentado tres veces, y por fin fué enroldado, declarando expresamente, «que quería soportarlo todo por la palabra de Cristo (1).»

Este era el estado del que podría llamarse partido de Alejo. Dokukin que fué mas allá en la acción que todos sus compañeros de sufrimiento, y tomó una especie de iniciativa, no fué, sin embargo, un conjurado en el rigor de la palabra.

Esta actitud pasiva caracterizó toda la oposición contra Pedro, la cual, solo por excepción recurrió á rebeliones, como las de los Strelitzs, los sectarios y los cosacos. Estaba en una actitud negativa contra el Czar, pero no era capaz de establecer un programa político positivo, en lugar del sistema gubernativo de Pedro. Este no tenía que castigar actos que llevasen en sí delitos políticos propiamente tales. El excesivo aparato de herramientas é instrumentos para las ejecuciones, que en su inexorable crueldad puso el Czar en juego, iba dirigido solo contra conversaciones indiscretas, contra intenciones desleales, y contra la esperanza con tanta frecuencia expresada, y aun mas á menudo pensada y sentida, de que Pedro moriría pronto. En 1698, lo mismo que en 1718, durante la sanguinaria tarea á que se entregó con todo el brío de su carácter, creyó que trabajaba en servicio de una idea de Estado, y que no perseguía un interés que pudiese llamarse personal.

Pero todavía tenía que arreglar las cuentas con el Czarewicz, y esto se verificó en Petersburgo, á donde se trasladó el Czar, y á donde mandó llevar á los acusados que aun no habían sufrido el castigo. Referíase en los círculos diplomáticos, por lo que hace á Alejo, que éste había perdido el juicio y entregádose á la bebida con exceso. Mientras que sus partidarios, entre los cuales se hallaba Afrosinia, aguardaban la catástrofe en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, él continuaba provisionalmente en libertad. El ruego que hizo á la zarina Catalina con ocasion de la felicitación pascual á fin de que por su mediación concediera el Czar su consentimiento para celebrar su matrimonio con Afrosinia, no fué atendido.

El mismo Pedro interrogó y escribió con su propia mano las fórmulas para el interrogatorio de Afrosinia, la cual no sufrió el tormento, mientras que fueron martirizados sus criados, que eran enteramente inocentes. Por el interrogatorio supo el Czar un sin número de pormenores acerca de algunas manifestaciones de Alejo, las cuales completaban esencialmente su confesión y en parte la rectificaban. El Czarewicz había asegurado que había escrito las cartas dirigidas á los senadores y prelados, instigado por un funcionario austriaco; de la declaración de Afrosinia pudo inferirse que él las había escrito por iniciativa propia. Ella se extendió en su relación mencionando la alegría del Czarewicz al recibir la noticia de las rebeliones, su firme propósito de no dejarse arrancar sus derechos á la sucesión de la corona, la esperanza que Alejo había depositado en algunos senadores y prela-

(1) En los círculos diplomáticos se refirieron todo género de detalles sobre el tormento y ejecución de Glielhoff: véanse las noticias dadas por Lefort, y la relación de Mardefield en Hermann, IV, 326. Pleyer pinta muy al vivo las ejecuciones, segun puede verse en Ustrialoff, VI, 224. El número á que hace subir los delincuentes es exactamente igual al que leemos en una hoja suelta que llevaba por epígrafe «Relación circunstanciada de la ejecución verificada en la capital de Moscou, etc.» (impresa en el mes de agosto de 1718). El episodio de Dokukin puede verse en Ssolowieff, XII, 211-212, segun las actas descubiertas por Jessipoff.

dos, y la idea de Alejo de que despues de la muerte del Czar, los unos estarían por Pedro Petrowitz y los otros por él.

A pesar de todo, Pedro supo poco de nuevo y el Czarewicz no quedaba en realidad mas comprometido por estas declaraciones. No obstante que les daba mucha importancia, no conocía aun los sentimientos del Czarewicz con tales detalles. También supo por Afrosinia los proyectos que abrigaba Alejo para cuando ocupara el trono, que eran destruir la escuadra, reducir el ejército, y estarse tranquilamente en casa. De todos modos el Czar estaba á la sazón mas convencido que antes de la necesidad de desembarazarse definitivamente de Alejo.

De aquí el que se continuase con nuevo ardor el interrogatorio. El Czar ejercía ostensible y formalmente las funciones de juez: en realidad era él en este asunto el único hombre de Estado que creía deber asegurar su obra ante el peligro de una catástrofe repentina. No se trataba de una sentencia judicial, sino de tomar una determinación; no se trataba de la condenación de un reo, sino del aniquilamiento de un adversario político. Nadie podía dudar acerca del desenlace. La esperanza de Alejo en la muerte del Czar resultó una quimera y los días del Czarewicz estaban contados.

Continuó el interrogatorio judicial con las formalidades acostumbradas; se depuraron las acciones penales, pero el resultado fué incompleto. Se trabajó por descubrir toda opinión digna de castigo, y el resultado pudo al fin satisfacer á los que hacían tan minuciosas pesquisas, pues los indicios del dolo eran superabundantes.

Alejo se vió desde luego en el caso de confesar que había ocultado algo en sus declaraciones; confirmó mucho de lo que Afrosinia había revelado, y aun añadió otras cosas sobre las conversaciones, deseos y esperanzas de que se ha hecho mérito. Citó los nombres de las personas, de quienes esperó que le habrían preparado un buen recibimiento á su vuelta á Rusia, en un cambio de gobierno. Dijo que él no se había propuesto destituir á Pedro durante su vida, pero que había esperado la muerte del Czar tanto mas pronto cuanto que había oído que querían matarle. A las continuas preguntas de nuevo formuladas contestó el Czarewicz, confesando que él, en caso de haber estallado una insurrección y de habersele llamado, se hubiera puesto á la cabeza de los insurrectos aun cuando este llamamiento se le hubiera hecho en vida de Pedro.

Había por consiguiente eventualidades que hubieran podido sobrevenir; no había una firme resolución de obrar de esta ó de la otra manera, en determinadas circunstancias que difícilmente podrían presentarse, sino simplemente presunciones del modo como Alejo hubiera obrado si se hubiese presentado el caso (2).

En la minuta escrita por el Czar para un manifiesto, declaraba culpable al Czarewicz, y en ella se decía, entre otras cosas, que Alejo había tenido el proyecto, conocido de todos, de apoderarse del gobierno en vida de su padre, valiéndose del auxilio de los rebeldes.

Para juzgar el proceder de Pedro, hay que tener en cuenta dos cosas: primera, el peligro que le amenazaba á él, á su mujer, á sus hijos y á su Estado si Alejo continuaba viviendo, y segunda, la práctica, á la sazón reinante en Rusia, cuando se trataba de juzgar á los criminales políticos. Pero lo que entonces sucedió, juzgado por el criterio de nuestros días, no tuvo mas que la forma de proceso judicial: fué un acto político, un asesinato jurídico.

Pedro encomendó á los dignatarios eclesiásticos y civiles

(2) Véanse las declaraciones del Czarewicz en Ustrialoff, VI, 237-257.

la formación del tribunal sentenciador, rogándoles que no le adulasen ni tampoco temiesen incurrir en su desagrado si aplicaban un ligero castigo, y juró por el nombre de Dios, que nadie tenía nada que temer, y que todos podían juzgar sin consideración á la persona.

Entre tanto el Czarewicz había sido encerrado en un calabozo de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, donde se hallaban dispuestos los instrumentos y aparatos para el tormento.

Pero antes, Alejo fué interrogado otra vez en el Senado, despues de haber declarado el tribunal eclesiástico, que el proceso no era de su competencia. Al mismo tiempo fueron interrogados otros amigos de Alejo, á quienes se les aplicó el tormento; entre otros Jacobo Ignatieff, Abraham Lopuchin, Ivan Afanassieff y Dubrowsky, todos los cuales, tras repetidos tormentos, fueron ejecutados en diciembre de 1718.

En vista de que el interrogatorio de Alejo en el Senado no suministró ningun dato particular (17 de junio), pasó el tribunal á las prisiones el 19 de junio, con objeto de darle el tormento; recibió 25 azotes con el knut (1) y declaró haber manifestado á su confesor que deseaba la muerte de su padre.

El 22 de junio el Czarewicz, á instancias de Tolstoj, que había recibido la órden de Pedro, expuso en una memoria autobiográfica los motivos de su constante oposición á su padre, y en ella contó su mal dirigida educación y también la historia de la herida que tenía en la mano con ocasion del exámen de dibujo. Finalmente confesó, que hubiera visto con mucho gusto que el emperador Carlos VI hubiese querido ayudarle á mano armada; que en tal caso habría recompensado espléndidamente á las tropas imperiales, en el supuesto de que éstas le hubieran servido de apoyo para conseguir sentarse en el trono (2).

El 24 de junio se aplicó otra vez el tormento á Alejo recibiendo 15 azotes y entonces confesó haber escrito una carta al metropolitano de Kieff con el propósito de insurreccionar al pueblo en la Pequeña Rusia.

El 25 de junio pronunció el tribunal, compuesto de 127 personas, su sentencia de muerte; decíase en ella, que Alejo había abrigado planes de conjuración hacia años; deseado la muerte á su padre, y abrigado la esperanza de usurpar el trono en vida del Czar, con el auxilio del emperador.

Sobre lo que sucedió despues, no tenemos datos ciertos. Ustrialoff encontró en los protocolos de la guarnición de la fortaleza de San Pedro y San Pablo la siguiente noticia: «El 26 de junio á las ocho de la mañana se reunieron en la guarnición: Su Majestad, el príncipe Menschikoff, etc. (siguen los nombres de multitud de dignatarios). Entonces tuvo efecto el acto de aplicar el tormento y á las 11 se retiraron todos. El mismo día á las seis de la tarde murió en la prisión el czarewicz Alejo Petrowitz.» Ustrialoff no indica el tormento aplicado á otros á la vez que al Czarewicz. Pero tiene gran verosimilitud su opinión de que Alejo murió de resultas del tormento, si se le aplicó esta pena despues de pronunciada la sentencia de muerte. De esta manera se evitó la ejecución de la sentencia. Oficialmente se declaró, que el Czarewicz, despues de haber oído la sentencia de muerte, sufrió un ataque apoplético, y falleció despues de recibir los consuelos de la religión y de haberse reconciliado con su padre.

(1) El knut era un látigo de cuero preparado con grasas, cubierto de mallas metálicas y terminado con garfios de hierro, que desgarraban la carne del paciente.

(N. del T.)

(2) Kostomaroff, en una disertación publicada en la revista «La antigua y nueva Rusia», 1875, I, 148, cree probable que estas notas le fueran dictadas al Czarewicz.

Los tormentos aplicados el 18 y 24 de junio (3), hubieran bastado para matar aun á personas de vigorosa constitución física. Un solo latigazo de knut (y Alejo recibió cuarenta) podía ser mortal. En los interrogatorios criminales de aquel tiempo murieron muchísimos de resultas del tormento, el cual podía muy fácilmente acarrear la muerte por la pérdida de la sangre, por la fiebre que sobreviene á causa de las heridas ó por los ataques nerviosos.

Dicho se está, que no escasearon rumores de toda especie sobre la clase de muerte que sufrió Alejo: unos decían que había sido decapitado, otros que envenenado, y no faltó quien aseguró que había sido ahogado con un cojín. Hay multitud de versiones sobre esta catástrofe. Todas sin excepción son apócrifas (4).

En el pueblo prevaleció la idea de que el mismo Pedro había dado muerte al Czarewicz. Se habló de la decapitación y mas aun de la muerte ocasionada á consecuencia de los azotes: se refirió asimismo que Pedro había golpeado al Czarewicz con un bastón porque éste no quiso saludarle en el interrogatorio habido en el Senado. Varias personas de las clases mas bajas de la sociedad pagaron con la vida la culpa de hablar entre sí de estas cosas. El pueblo no consideraba como legítimo heredero del trono á Pedro Petrowitz, hijo de Catalina la «Sueca.» Suponian otros, que Catalina había sido la causa de la muerte de Alejo, que Jewdokia había sido quemada y que los hijos de la «Finlandesa» Catalina eran ilegítimos; que despues de la muerte de Pedro se condenaría á muerte á Catalina, pues que Pedro Alexeyewicz sabía ya que su abuelo había dado muerte á su padre á fuerza de azotes aplicados por su propia mano é instigado por la Zarina, etc. (5).

Si se tiene presente el gran peligro á que se exponía todo el que hablara ó escribiera lo mas mínimo sobre este suceso, se comprenderá sin dificultad, que las muchas personas que sabían perfectamente los pormenores de la muerte del Czarewicz, no dejarán ninguna relación realmente auténtica sobre tal acontecimiento. Su imprudencia vino á costar cara á aquellos representantes de las mas encopetadas clases de la sociedad, que, como Pleyer y De Bie, se atrevieron á propagar rumores sobre las circunstancias de la muerte del Czarewicz. Por otra parte el odio del pueblo contra Pedro era el medio mas á propósito para extender rumores sobre la catástrofe, los cuales no correspondiendo á hechos reales, por no estar apoyados en documentos tales como los protocolos publicados por Ustrialoff, no tienen valor alguno para com-

(3) Los labradores referían en las conversaciones que tenían unos con otros, que Alejo había sido atormentado en el mes de mayo en una casa de campo situada en las inmediaciones de Petersburgo. Véase la disertación de Jessipoff en el «Mensajero ruso», 1861, núm. 21.

(4) Pleyer citado por Ustrialoff, IV, 541-45, habla de la decapitación. Esta tradición se conservó con muchos detalles, en los cuales precedieron á todos Adam Weide y Ana Cramer; véase el Magazin de Büsching, t. IX, prefacio, y Dolgorukoff, *Memoires*, Ginebra 1867, I, 10. De Bie escribió á los Estados generales, que la muerte de Alejo había sido causada por la rotura de las arterias: los despachos del embajador holandés fueron interceptados, dando lugar á serias contestaciones diplomáticas: véase Ustrialoff, VI, 549-569. Lefort, embajador de Sajonia, escribió que Alejo había recibido muchos azotes el día de su muerte, que el mismo Czar le había dado con su propia mano, hasta que el Czarewicz entregó su alma al Creador. Véase Hermann, IV, 330. Sobre el empleo del veneno y la sofocación por medio del cojín (Bruce y una pretendida carta de Rumianzoff), véase Ustrialoff, VI, 291-292 y 619. Por lo que hace al envenenamiento, puede verse la obra: «A select collection of singular and interesting histories», II, 123, que se publicó en Londres, traducida del francés, en 1774; en ella se dice que estaba envenenado el papel en que estaba escrita la sentencia de muerte, y que Pedro había obligado por fuerza al Czarewicz á que la leyese, etc....

(5) Véase el episodio del ebanista Koroljok en Pogodin Jessipoff, obra citada, págs. 135-143.

probar lo sucedido, y solo sirven para darnos una prueba de la irritación de las masas y de la impopularidad de Pedro.

Merecen asimismo poco crédito las relaciones detalladas que se encuentran en los despachos extranjeros de aquel tiempo, sobre los vastos planes de conjuración de Alejo, como se desprende de lo ya expuesto. De Bie contaba que Alejo tenía dada orden de asesinar á todos los ministros de Pedro, á todos los funcionarios, y á todos los extranjeros, y que quería «sumir á Rusia en el primitivo caos.» Otro contemporáneo escribió que iban á ser empalados Menschikoff, Schafiroff, Scheremetyeff y Jagushinsky; que todos los alemanes serian pasados á cuchillo en todo el imperio, y que volverían á poder de los suecos las provincias que se les habían conquistado (1).

El que en medio de los terribles tormentos, á que fueron sometidos los cómplices, no se descubriesen crímenes mayores que los deseos y esperanzas manifestados, que las palabras de dolo y cartas escritas con torcidas intenciones, demuestra que nada formal ni concreto había en los planes de conjuración. La experiencia demostró, que los que eran sometidos al tormento, solían atribuirse mas culpa que la que realmente tenían. No se pudo probar que se hubieran realizado actos relacionados con una conspiración propiamente tal: el proceder rebelde de Alejo se redujo á la deserción, á las quejas expuestas al emperador contra Pedro, y á las cartas dirigidas á los senadores y á los prelados. No sin razón en una hoja clandestina inglesa, que apareció en aquel tiempo, se decía que nadie le hubiera declarado culpable en el Parlamento inglés.

El célebre y fidedigno John Perry, que abandonó á Rusia poco tiempo antes de la catástrofe del Czarewitz, manifestó el temor de que si moría Pedro, la mayor parte de lo bueno creado por él perecería y «volvería á prevalecer la antigua rutina,» porque el Czarewitz tenía un temperamento distinto de Pedro, y era además «muy dado á la mojigatería y á la superstición, por cuya causa se introduciría de nuevo el antiguo método ruso, y muchos de los proyectos grandiosos y loables, que su padre había comenzado, quedarían incompletos.» Este peligro parecía ya conjurado con la muerte de Alejo.

LIBRO CUARTO

POLÍTICA EXTERIOR

OJEADA HISTORICA

En el primer tiempo del reinado de los Romanoff tuvo que limitarse Rusia á la defensiva en frente de sus mas poderosos enemigos. Polonia como Suecia eran mucho mas fuertes que el Estado de Moscou. La tentativa de una agresión por parte de Rusia solo comienza en la segunda mitad del siglo, sin resultados respecto de Suecia, pues no lograron los rusos conquistar la Livonia y establecerse sobre el mar Báltico; pero la lucha con Polonia llevó á un resultado muy importante, á la adquisición de la Pequeña Rusia. Poco despues empiezan los conflictos con la Turquía y la tentativa de conquista de la Crimea no da resultados. Pero cuando el joven Czar prosigue con perseverancia el plan de penetrar

(1) Manuscrito existente en Gotha; Hermann, IV, 328.

pero el nuevo heredero del trono Pedro Petrowitz murió tambien pronto; el año 1719.

Por el contrario Alejo parecía que había resucitado. Una vez mas, su nombre salió á plaza como el de un pretendiente.

En el año 1723 un mendigo llamado Rodionoff se hizo pasar por el czarewitz Alejo en la comarca de Wologda.

El año 1725 se presentó en Potschep, ciudad de la Pequeña Rusia, un soldado de nombre Ssemikoff, el cual pretendía ser el czarewitz Alejo, pero fué decapitado (2). Igual suerte cupo en el mismo año á un campesino de Siberia que se propuso tambien representar el papel de pretendiente.

En el año 1732 quiso tambien pasar por el czarewitz Alejo, otro mendigo llamado Trushenik, en una tribu de cosacos, que vivía junto al Busuluk (afluente del Don), y fué ejecutado en union de un considerable número de sus partidarios.

En 1738 en una aldea junto á Kieff, tomó el nombre de czarewitz Alejo, un obrero llamado Minizky; el pueblo se le unió en masa y un eclesiástico le ayudó en su empresa. Se siguió un proceso monstruo y el pretendiente y el clérigo fueron empalados, y muchos otros individuos descuartizados, enrodados, decapitados, ahorcados ó mutilados.

De este modo hubo de perturbar la sombra de Alejo por espacio de 20 años despues de su catástrofe, al imperio recién fundado por Pedro; pero este triunfó de los indignos pretendientes que amenazaron poner en peligro las conquistas de su reinado. La victoria fué comprada en alto precio: tambien, sin embargo, el pueblo, por cuya causa luchaba Pedro, vino en aquella ocasion á mostrarse fiel.

No es difícil reconocer el encadenamiento que existe entre todas las crisis interiores durante el reinado de Pedro, desde la rebelión de los Strelitz hasta la catástrofe del Czarewitz. En todas estas luchas nos encontramos con la antítesis entre el Czar, que marchaba por la senda del progreso, y el pueblo, que quería continuar con el pasado. El principio de la civilización que tendía á hacer reformas obtuvo la supremacía. El Czar triunfó incondicionalmente de su pueblo y de este mismo modo debía seguirle la victoria en el terreno de la política exterior.

por el Sur hasta el mar, logra al fin su deseado objeto, aunque á costa de grandes sacrificios. La conquista de Azof, la aparición de una escuadra rusa en el mar de Azof indican á la Sublime Puerta que tenía que habérselas con un vecino activo que proseguía sus fines con energía.

Fué una ventaja para el imperio ruso, que todos sus Estados vecinos, cuando no se dirigía ya al Asia sino á la Europa, se hallaran en decadencia.

Hacia ya tiempo que había pasado en Suecia la época de Gustavo Adolfo, ó sea la época de la hegemonía de aquel reino en el Norte de Europa. Los conflictos que estallaron en tiempo de Carlos XI, entre el gobierno y la Livonia, fueron un preludio de aquella lucha de partidos que en el si-

(2) Laschkewitsch, disertación publicada en las Memorias de la Sociedad histórica y arqueológica de Moscou, 1860, I, 141-146.

glo xviii hubiera podido preparar al reino sueco la suerte de Polonia, si la dictadura de Gustavo III no hubiese puesto fin al movimiento de descomposición de la monarquía.

La disolución hizo rápidos progresos en Polonia. La intervención de otros Estados en los asuntos interiores de la «República,» atraída por los sucesos que ocurrieron con ocasion de la elección de monarcas, fué cada vez mas enérgica; y Rusia, que por la anexión de la Ucrania había iniciado, por decirlo así, la desmembración de la Polonia, sostuvo la pretensión de representar uno de los primeros papeles en aquel teatro de acción de las diferentes potencias.

La Puerta se presentó en la segunda mitad de siglo xviii, como una potencia agresora y amenazadora en frente de la Europa. Pero desde entonces, había pasado la época de invasiones turcas, semejantes á la expedición á Viena del año 1683.

Con respecto á Rusia, había desplegado la Puerta una decisiva superioridad en sus combates por la posesión de la Pequeña Rusia, ó por la influencia en aquellos territorios, principalmente en Tschigirin; pero no pudo impedir la toma de Azof. Este suceso fué el precursor de posteriores derrotas de parte de Turquía.

No hay motivos para hablar exclusivamente de las «reparticiones» polacas. Las anexiones de las provincias del mar Báltico y de Finlandia son de la misma manera una «desmembración» de Suecia, como la reunión de provincias polacas con Rusia es una «desmembración» de Polonia. Cuando la Rusia meridional y la Crimea se hicieron rusas, constituyeron una «desmembración» de la Turquía. Rusia llegó á ser grande y europea por las reparticiones.

Y no solo Rusia ocupa territorios de otros Estados y procura asimilálos al propio cuerpo de su Estado, sino que gana influencia en los Estados vecinos. Los diplomáticos rusos en Estokolmo, Varsovia y Constantinopla, hacen una competencia eficaz á los representantes de otras potencias, y se presentan de vez en cuando como jefes de partido tomando cierta parte en los asuntos del gobierno, como los Bestusheff, Panin y Rasumowsky en Suecia, los Stakelberg, Repnin y Sievers en Polonia, los Tolstoi, Nepluyeff, Obreskoff y Bulgakoff en Turquía.

Hubo en la primera mitad del siglo xviii cierto antagonismo entre Suecia y Polonia porque ambas trataban de repartirse el Estado de Moscou, trasformando el imperio del Czar en una dependencia de uno de aquellos Estados ó de ambos.

El gobierno de Pedro el Grande es tambien decisivo en este movimiento que cambió radicalmente el equilibrio de las potencias en la mitad oriental de Europa y señaló una nueva época. Lo que el czar Alejo Micalowitz no había podido lograr, llegó á ser el fruto de los esfuerzos continuados de su hijo como una consecuencia necesaria. Todo el territorio litoral del golfo de Finlandia y del mar Báltico, que había dado lugar á grandes luchas en tiempos anteriores, fué conquistado. En Polonia, que había sido durante veinte años el teatro de la lucha entre ejércitos suecos y rusos, llegó el poder de Rusia á alcanzar una notable influencia. El Czar parece superior al rey Augusto en todas las cosas, y el aliado anterior de Pedro tiene que contentarse en el trascurso del tiempo con representar el papel de cliente. El ataque contra Turquía, que en la juventud de Pedro había servido al Czar como de escuela de política exterior, y que en cierta manera terminó con la conquista de Azof, no fué coronado por el pronto con el resultado que le correspondía. Ni siquiera era posible defender esta adquisición, y la arriesgada empresa de querer resolver la cuestión eslava al mismo tiempo que la oriental le costó al Czar la crisis del Pruth y

la pérdida de Azof. Por esto dirigió Pedro su atención al Asia central y á la Persia, donde alcanzó resultados que produjeron efectos duraderos y marcaron en sentido mas general la dirección de la política posterior de Rusia en el terreno de la cuestión oriental.

Emprendió Pedro la guerra contra turcos y tártaros en la cual se ocupó con toda la perseverancia de que era capaz, tan pronto como tomó las riendas del gobierno. Todos sus esfuerzos por crear una escuadra tenían el exclusivo objeto de poder presentarse un día en frente de la Puerta como adversario de igual poder. Por otra parte, la cuestión oriental aseguró al imperio de Moscou una especie de ciudadanía en el sistema de los Estados europeos, pues que Rusia se manifestó inclinada á tomar parte en la lucha comun contra el enemigo de la cristiandad. El viaje de Pedro estaba intimamente relacionado con estos asuntos. Pero á la conclusión de aquel viaje hubo un cambio notable. En vez de la lucha con Turquía se presentó de pronto y en primer término la cuestión del Báltico, y fué preciso concluir presto la paz con la Puerta para echarse sobre el enemigo desprevenido del Noroeste. Hasta despues de la decisiva batalla de Poltawa no se pudo pensar en reproducir la lucha contra la Puerta, interrumpida repentinamente en visperas de la guerra del Norte. Entonces ocurrió el episodio memorable del Pruth. Los años que siguen se consagran á la consolidación de las conquistas hechas en Suecia y á asegurar la posición recién creada de Rusia dentro de los Estados europeos. El Estado de Moscou se trasforma en el imperio de Rusia; la provincia del Khan de los tártaros llega á hacerse una gran potencia europea. La convicción de parte de Pedro de ser el llamado para desempeñar el papel de intermedio entre Europa y Asia se manifiesta por sus aspiraciones de extenderse hácia el Este y el Sudeste, de adquirir influencia en Persia y en el Asia central.

Tal es en sustancia la marcha de la política exterior de este reinado.

CAPITULO PRIMERO

RELACIONES CON TURQUÍA HASTA EL AÑO 1700

Siglo y medio antes de Pedro el Grande había surgido en el Occidente el pensamiento de buscar una alianza con Rusia en la lucha contra la Puerta. Felipe II fué el que procuró en 1557 instigar al Czar á la guerra contra el Sultan. El obispo de Fünfkirchen, Antonio Verantius, propuso al emperador Maximiliano II, en el año 1573, el plan de una guerra contra los turcos en la cual habían de tomar parte los moscovitas, y ser atraídos por la esperanza de la conquista de Crimea (1). En el año 1593 manifestó Pedro Cerdolini, obispo de Lesina, al papa Clemente VIII por medio de una memoria, que el emperador y el rey de Polonia serian invencibles en su lucha con la Puerta aliándose con los moscovitas, porque ningun otro príncipe de la cristiandad era tan temido por el Sultan como el Czar (2), y teniendo como tenían los súbditos del Sultan, relaciones de lengua y religion con los rusos. El obispo hacia además la reflexión de que en último extremo de peligro y caso de penetrar el Sultan por Austria é Italia, solo podía haber salvación en la alianza del moscovita con el emperador y con Polonia.

Es verdad que Enrique IV quiso excluir en su famoso plan al «Knés de la Escitia»—asi llamaba él al Czar—de su *Association ou république très chrestienne* por no tener que

(1) Fünfkirchen, ciudad de Hungría, estaba á la sazón en poder de los turcos, que la tuvieron hasta 1586.—(N. del T.)

(2) Da lui ha timore più che d'ogni altro Potentato christiano.